



Capítulo 33



La Aventura de Mariátegui

Nuevas Perspectivas

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

Cubierta: María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

Derechos Reservados

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

MARIÁTEGUI EL MARXISMO Y NUESTRO TIEMPO

Carmen Rosa Balbi

«El hombre llega para partir de nuevo.
No puede sin embargo, prescindir de
la creencia de que la nueva jornada es
la jornada definitiva»

«La lucha Final», en *El Alma Matinal*

Es de sobra conocido que Mariátegui regresa de Europa en 1924, habiendo adoptado de manera clara, el marxismo. Mi intención en estas líneas es reflexionar sin embargo sobre los factores que creo fueron perfilando hasta hacer conclusiva esta opción. El marxismo y el psicoanálisis constituyen los aportes sustantivos del pensamiento crítico moderno y Mariátegui, al optar por el primero y mostrar, como hombre sensible y perceptivo un pronto y pionero interés por esta naciente disciplina que se constituyó en un producto avanzado de su tiempo.

Es importante reflexionar sobre el hecho de que Mariátegui finalmente se va a inscribir en una clara apuesta por la razón, elemento fundante de la modernidad; percibe en ella la base indispensable para cualquier proyecto transformador de una sociedad. Es en esta dirección que debemos entender aquella afirmación suya a su regreso al Perú: «He hecho en Europa mi mejor aprendizaje y creo que no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeo y occidentales».

Ya en las reflexiones sobre el mundo moderno contenidas en

El Alma Matinal, señala el importante poder disolvente de la razón y de la ciencia, en donde el hombre antes sobrecogido por lo sobrenatural, descubre en ella un exorbitante poder para modificar la naturaleza, señalando cómo dota ésta al hombre de una sensación nueva de su potencia, que es en esencia el sustrato del hombre moderno.

Sin embargo, Mariátegui ve la desazón y falta de horizonte de ese hombre moderno europeo que, como llega a insinuar, busca de alguna manera la guerra como forma de salir del tedio y el aburrimiento que una vida carente de sentidos movilizadores creara. Es decir, Mariátegui, como Weber, descubrirá tempranamente las trampas y los límites del racionalismo; cómo el bienestar material, y la potencia física de las urbes engendraron un respeto supersticioso por la idea de progreso -cristalizado en el positivismo-, describiendo con perspicacia el clima que, por debajo de esta ilusión racionalista, imperaba en los cenáculos intelectuales y estratos cultivados, en quienes percibe una saturación de experiencia y de reflexión analítica y a su vez, ánimo conformista. Así José Carlos dirá, «la experiencia racionalista ha tenido esta paradójica eficacia de conducir a la humanidad a la desconsolada convicción de que la Razón no puede darle ningún camino (...) A la idea Razón la han muerto los racionalistas».

Es en este contexto de reflexión que se siente poderosamente atraído por el pensamiento de George Sorel, quien denunciando las ilusiones que crea el progreso, recupera la idea de mito como fuerza para vivir, como motor de acción, de la vida. Que, como apunta Dora Vidal en una sugerente reflexión, al ser experimentado emocionalmente y con una exigencia de su realización práctica concreto-sensorial se convierte en guía de pensamiento y praxis¹. Es así que el

1 En su interesante ensayo «El concepto de Mito en el Pensamiento Peruano contemporáneo», Vidal analiza su rol en las sociedades, precisando como « el mito responde radicalmente a una situación existencial. La utopía es en cambio una actitud mental. Llama la atención sobre el hecho que en el primero, la esperanza de un régimen feliz se despliega en un abanico de imágenes y símbolos. La utopía tiende a ordenarse en un sistema de conceptos lógico-racionales». *Revista Peruana de Filosofía aplicada*, n° 1, mayo 1994.

mito, más que en una narración se constituye en una fuerza social de representar y operar el mundo de la vida formando parte normativa de la acción.

Creo que es en la afanosa búsqueda de incorporar todas aquellas dimensiones del ser humano consideradas irracionales, dejadas de lado por el clima positivista de la época, que Mariátegui recoge la idea del mito tomada de George Sorel. Y la convierte en eje vertebrador de lo que será la estructuración de una propuesta de transformación social. Es significativo tomar en cuenta que Mariátegui, sorprendentemente definirá al hombre como un animal metafísico. Ello se hace más inteligible y resulta coherente cuando afirma: «No se vive fecundamente sin una concepción metafísica de la vida. El mito mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene sentido histórico».

Es la creencia de esta suerte de fuerza interior la que permite dar un sentido a la vida a la que Mariátegui atribuye la crisis de la civilización del orden de valores modernos creados por la burguesía que emergió con la revolución industrial y las ideas de progreso, observando a su vez en ello la atracción del fascismo en Italia que vio crecer ante sus ojos.

Así se va a alejar del racionalismo positivista, que excluye dimensiones que involucran los aspectos emocionales del ser humano, tan caros a Mariátegui, como lo muestra el trabajo de Gonzalo Portocarrero, señalando preclaramente, ya en *El Alma Matinal*, los límites de aquélla para enfrentar la tarea de la transformación social.

El arribo a esta convicción lo lleva a combatir todo sentimiento desencantado de la vida, el pesimismo y el nihilismo, como rasgos de una civilización decadente oponiendo la fórmula de Vasconcelos, el optimismo del ideal al pesimismo de la realidad, como titulara el artículo que apareciera en la revista *Mundial*, en 1925, para calificar la lucha por un mundo nuevo.

La opción de Mariátegui por un método de aproximación a la realidad centrado en la razón, coexistió con la importancia otorgada

a la dimensión irracional de hombre y la revaloración de la dimensión emocional de éste como formas de expresión fundamentales del ser humano; de allí su interés preeminente por las manifestaciones de la cultura en tanto expresión del creativo y rico mundo de la subjetividad.

Estas convicciones irán de la mano con otras que se empiezan a mover, más en lo que llamaríamos el terreno metodológico, respecto a la necesidad de arribar a realidades objetivas, lo más ciertas posibles, que den certidumbre y convicción movilizadora. Otorgándole, al mismo tiempo, a dichas «verdades» un carácter profundamente historicista y mutante. Así sostiene algo que a algunos puede sorprender: «Los filósofos nos aportan una verdad análoga a la de los poetas. La filosofía contemporánea ha barrido el mediocre edificio positivista. Ha esclarecido y demarcado los modestos confines de la razón. Y ha formulado las actuales teorías del Mito y de la Acción. Inútil es, según estas teorías, buscar una verdad absoluta. La verdad de hoy no será la verdad de mañana. Una verdad es válida sólo para una época. Contentemonos con una verdad relativa».

Resulta quizá útil señalar en primer lugar que cuando escribe esto, ya ha leído a Marx, de quien cita su texto *Miseria de la Filosofía*, que lo marca profundamente en un razonamiento que esté orientado a la acción.

La verdad es pues relativa para una época; pero inmediatamente él piensa en lo que llama el vulgo; en las masas y las condiciones bajo las cuales éstas se incorporan a un proyecto de transformación. Para 1925 razona ya políticamente señalando que este lenguaje relativista no es asequible para el vulgo: «los hombres han de menester certidumbre (...) El hombre iletrado no se preocupa por la relatividad de su mito»².

2 Mariátegui no era ajeno a pensar la necesidad de construcción de una capa dirigente que viabilizara la transformación socialista que él admiraba en la revolución rusa: «una revolución siempre es obra de una élite, de un equipo, de una falange de hombres heroicos y superiores». «El Problema de las Élités», *Variedades*, nov. 1928; reproducido en *El Alma Matinal*.

No es difícil reconocer ya aquí similitudes con el razonamiento gramsciano de la política, como ha llamado la atención José Aricó.³ De otro lado parece evidente a su vez, que estas reflexiones respecto a lo limitado que, en el tiempo y en la historia puede resultar la validez de determinadas verdades, estarán marcadas por la velocidad de las grandes transformaciones que Mariátegui ve discurrir ante sus ojos en el continente europeo y en el mundo. La paz, los arrestos prebélicos, la revolución rusa, el surgimiento del fascismo, reforzarán a la manera de Gramsci, convicciones profundamente historicistas.

Por ejemplo, es en este contexto histórico que ve el progresivo debilitamiento de la democracia por el avance del fascismo y escribe entonces sobre «la decadencia y disolución de la democracia», constatando el envejecimiento de las teorías sobre el parlamento, donde muestra además un claro estar al día respecto a las discusiones en torno al rol de los poderes de la democracia representativa. Sin embargo siguiendo los canones mariateguistas, sería inútil buscar en estos análisis de la democracia en el contexto del ascenso del fascismo, una condena -como alguna vez se ha intentado-, a la democracia representativa: parece descalificarla cuando la analiza y sin embargo usa el número de votos alcanzado por los partidos socialistas en Europa como indicadores decisivos de la fuerza del socialismo en los países del viejo continente.

LOS TRÁNSITOS DEL MITO AL MÉTODO

Es la asunción de la importancia del mito y a su vez la conjunción de mito y método, la singular fusión de ambos, lo que va a producir que Mariátegui se incline y opte por el marxismo, y que al

3 Como ha reconstruido José Aricó, en Italia José Carlos conoció un marxismo influido por el idealismo crociano, que significó para el grupo del *Ordine Nuovo* «la liberación definitiva de toda incrustación positivista y mecanicista de cualquier marca y la conquista de una gran confianza en el desarrollo y la calidad de los hombres». José Aricó, *El marxismo de Mariátegui*, Cuadernos Pasado y Presente, 1986.

mismo tiempo da originalidad a su pensamiento. Este ofrece el materialismo histórico como herramienta fundada en la razón y el análisis; como un intento de interpretación de la historia y herramienta de ulteriores transformaciones. Ese mito movilizador indispensable en la sociedad moderna, se ancla para Mariátegui en el rol llamado a jugar por el proletariado que emergía de la revolución industrial, y que se ratificaría cuando observa, como señala Melis el movimiento obrero italiano, fuertemente organizado. Escribirá, en la línea de Marx: «el proletariado tiene un mito: la revolución social; hacia ese mito se mueve con una fe vehemente y activa».

Y es que el materialismo histórico se muestra como un método de conocimiento que va mas allá del hecho económico. Propone analizar la manera como se organiza la producción, y a partir de ella las relaciones organizadas de los hombres entre ellos; las instituciones, legislación, principio y práctica del derecho, las relaciones entre sociedad y Estado. Como señala Pierre Vilar, Marx introduce en su diseño de una teoría de la historia, *la noción de articulación*, en donde es preciso combinar el razonamiento abstracto con la empiria. En palabras de este historiador, en el armazón que propone el materialismo histórico, «es preciso que la hipótesis de la racionalidad de lo real, organice la observación que la confirma, la invalida o la rectifica»⁴.

Así encontramos en los escritos que se publican en la revista *Mundial* a manera de entregas periódicas, (compiladas en *El Alma Matinal*) que Mariátegui menciona ya no sólo el poder económico como configurador y determinante del poder político. Los diferentes temas que observamos son tratados en estos años, muestran ya los esfuerzos de una reflexión articulada de la textura de nuestras insti

4 En un excelente análisis sobre la concepción de Marx de la historia, este notable historiador francés destaca de qué manera Marx entendió ésta como una concepción científica sistemática: «La obsesión del núcleo económico -dirá Vilar- impedirá a Marx volver a desarrollar ampliamente el materialismo histórico, considerado como un todo». Véase Pierre Vilar. «Marx y la historia» publicado en *Historia del Marxismo*, t. II, Editorial Bruquera.

tuciones, la naturaleza del Estado, y de la cultura en sus múltiples manifestaciones.

Encontramos también algo que creo necesario recalcar en los pasos seguidos en su construcción teórica: sus reflexiones sobre la importancia y el rol de la imaginación para transformar una realidad, diseñar, crear «una realidad potencial, una realidad superior, una realidad imaginaria». Y a la vez los límites de ella, mucho más acotada de lo que usualmente se podría suponer; porque precisamente cuando se rechaza una realidad, dirá Mariátegui, es cuando más se depende de ella.

Antelando ya una metodología para una aproximación científica e inducir cambios en nuestra realidad, escribe: «Sólo son válidas aquellas utopías que se pueden llamar realistas, es decir, aquellas que nacen de una realidad que se conoce y que se analiza».

Es a partir de la asimilación de esta manera de entender el marxismo, y el materialismo histórico, que queremos acercarnos con más precisión a la coherencia de los pasos y las ideas del Amauta a su regreso al Perú. A la manera como los asume, vinculados a los desafíos que plantea nuestra compleja realidad. En primer lugar habría que decir que a su vuelta, ya tiene como eje central el derrotero de reflexionar el Perú como nación; ya ha concluido que el problema del indio y su situación de postración, es «el problema fundamental, primario del Perú».

A partir de ello empieza a desplegar, en sucesivos artículos aparecidos en la revista *Mundial* en 1925, la asimilación peculiar que del marxismo bebió en Italia. Es bajo el indicativo título: «Hacia el estudio de los problemas peruanos», donde se plantea como fundamental *entender* la realidad peruana señalando el hecho, paradójico, de cómo el movimiento buscador de una visión de los problemas del Perú, se expresa de manera significativa a través de una producción literaria prolífica, capaz de transmitir las emociones del alma popular. Como dijera de la obra de Valdelomar.

A diferencia de lo que percibía en Europa, Mariátegui encuentra a su retorno -y no esconde su entusiasmo- un clima de preocupa-

ción e interés de lo que el llama las nuevas generaciones por el conocimiento del país y lo que el describe como «una voluntad de renovación del país, en ruptura con lo que llama con desprecio una casta intelectual y frívola salvo excepciones, desinteresada de los problemas nacionales. Observa, mas allá de las tendencias ideológicas que prevalecen, un clima de creatividad en la investigación científica, en la especulación teórica, volcada a entender y expresar la compleja trama de nuestra sociedad.

En *Peruanicemos el Perú*, compilación de sus escritos de esos años, destaca entusiasta los numerosos esfuerzos que desde distintas disciplinas, realizan estudiosos en el país⁵. Como anota Alberto Flores Galindo, el periodismo fue para Mariátegui, ante todo, un ejercicio de observación de la vida cotidiana, una ocasión para reflexionar sobre los acontecimientos.

Es dentro de una manera de abordar un entendimiento y la comprensión de las transformaciones en nuestro país que se hace inteligible algo que en realidad, no por casualidad ha sido poco difundido en el conjunto de la obra de Mariátegui: propone no sólo lo que él llama «Lineamientos y esbozos de un programa de estudios sociales y económicos». Tan importante como ello; plantea la necesidad de crear un Ateneo o Instituto de Estudios Económicos y Sociales, con el objeto de afinar el conocimiento de la realidad nacional que José Carlos entiende fundamentalmente como una tarea intelectual de estudio e investigación de esa realidad de manera sistemática. Esboza como su forma organizativa, además de una dinámica

5 En su artículo titulado «Hacia el estudio de los problemas peruanos», destaca las nuevas tendencias encontradas para penetrar la realidad, tanto de la literatura como de la investigación científica: destaca los estudios de Cesar Ugarte, quien se ocupa con sagacidad e inteligencia del problema agrario; de Julio C. Tello quien estudia con penetración el problema de la raza, Honorio Delgado y sus propósitos de emprender estudios sobre la psicología indígena. Los de Jorge Basadre y Luis Alberto Sánchez, de quienes valora «el abandono de la rutina de la anécdota y de la crónica, para priorizar la interpretación de los hechos». No está ausente, la mención generosa al rol de Haya de la Torre y su labor en la creación e impulso de la Universidad Popular como espacio cultural decisivo para renovar la lectura del país.

de seminarios y debates, la conformación de secciones. Una sección de economía peruana; otra sección de sociología peruana y finalmente otra sobre el estado de la educación en el Perú.

Mariátegui entiende a su vez este proyecto como un trabajo colectivo, como una agrupación de los intelectuales motivados por un cambio social, donde «la obra individual debe convertirse en obra colectiva», señalando una idea a nuestro juicio importante que, como intentamos mostrar líneas abajo, no ha sido la tónica del trabajo intelectual de nuestro país. El Amauta acentúa la conciencia de que, «la exploración y la definición de la realidad profunda del Perú no son posibles sin cooperación intelectual (...) el estudio de los problemas peruanos exige colaboración y exige disciplina. De otra suerte, tendremos interesantes y variados retazos de la realidad nacional pero no tendremos un cuadro de la realidad entera».

La humildad y al mismo tiempo el realismo de Mariátegui para acometer la tarea de transformación, aparece así alejada de toda soberbia e indispensable el ser acometida *con una investigación por naturaleza colectiva e interdisciplinaria*. Sólo reclama para estos fines un método científico, que el positivismo no contribuyó a desarrollar en estas tierras⁶. Y el método científico para él, pasa por la recolección de *información empírica*, subrayo.

Esta preocupación es más clara cuando, señaladas esas tareas, constata, hablando de la cuestión de la propiedad de la tierra, que «la documentación, y la bibliografía sobre este tema, no pueden ser más exiguas». Al enfatizar a su vez la importancia de transformar el Ateneo o Instituto en un ente propulsor del «mayor debate nacional» sobre los temas investigados, se hace también transparente, la relevancia y la necesidad que para Mariátegui tenía la información empírica en la investigación social. Para dar un sustento racional a lo que se afirma, para convencer y sensibilizar a los más amplios sectores, escribe acerca de la necesidad de crear un «idealismo

6 Sobre el débil desarrollo del positivismo en la historia republicana, véase Fernando Trasegnies, «La genealogía del Derecho peruano, los juegos de trueques y préstamos». en *Pensamiento político peruano*, Desco, 1987.

realista» y de generar así lo que Gramsci llamaría nuevos sentidos comunes sobre los problemas sociales. Al observar estos derroteros vislumbrados para la investigación social, resulta más obvio ahora sin duda que el desarrollo y la trayectoria de las ciencias sociales en el país no se han inscrito precisamente en esta perspectiva; la carencia de estudios sólidos en base a trabajo de información empírica, no ha sido el fuerte de nuestras ciencias sociales.

En otro artículo, aparecido un mes después: « El hecho económico en la historia peruana», plantea como lineamiento metodológico definitivo, la indispensabilidad en el país de tomar en consideración el factor económico para la comprensión de la historia: hace pues explícita su opción por el materialismo histórico, señalando, de la forma apuntada por Pierre Vilar, que es la introducción del análisis de la dimensión económica lo esencial del materialismo histórico. Lo que considera como contrapuesto a criterios meramente especulativos de la historia: «Nada -dirá- resulta más evidente que la imposibilidad de entender, sin el auxilio de la economía, los fenómenos que dominan el proceso de formación de la nación peruana», y procede a continuación a realizar un somero análisis de la historia peruana, llamando la atención sobre las características de la Conquista y la República, a la luz de los intereses y la trama económica, que estuvieron en juego en ambas organizaciones sociales, ensayando a grandes trazos una intuitiva pero exitosa lectura inicial de la historia peruana a la luz del materialismo histórico despojado de todo abordaje economicista. A diferencia de tantos ejercicios de esta naturaleza, hechos en la aproximación a los problemas planteados por nuestra historia, Mariátegui enfatizó la indispensabilidad de emprender toda una investigación empírica y sistemática sobre la realidad peruana; quizá pocos hayan reflexionado sobre la importancia de un artículo titulado «El problema de la Estadística», en el que destaca con preocupación el insalvable obstáculo que constituye la falta de estadísticas para estudiar cualquiera de los problemas nacionales⁷.

7 «¿Hace falta remarcar que un país que no conoce su demografía tampoco conoce su economía? No se puede saber lo que un país produce, consume y aho-

Sin embargo la importancia de lo que denominó el factor económico apareció siempre acompañado de agudos análisis pero también de las instituciones y las mentalidades. Una visión no restringida de entender la política y la vida, no lo llevó a desestimar la importancia de la subjetividad y de lo cotidiano, la valoración de la creatividad en el terreno del arte, la expresión de las emociones; del descontento con un estado de cosas y de la expresión de los desgarreros de la peruanidad, como lo deja traslucir en lo que, no por azar, el Amauta trabaja sobre lo que sería su primer artículo a su retorno al Perú: «La Poesía y los Juegos Florales». Es un acercamiento a la poesía joven la vía escogida por Mariátegui para conectarse con lo que él busca primero: las manifestaciones emocionales de la peruanidad o de una nueva sensibilidad⁸.

La creación de la revista *Amauta* en 1926 debemos verla como un hito más de la manera como él entendió la vinculación con el intelectual de vanguardia y la formación de nuevos sentidos comunes; el nucleamiento de todos aquellos intelectuales con vocación de renovación en materia de creatividad e innovación temática y expresiva, susceptibles de ser comprometidos en un proyecto de socialismo peruano. Así, distinguidos intelectuales vinculados a la literatura, la pintura, la poesía, la música y la reflexión científica, se sintieron atraídos no sólo por el imán cautivante de su vital personalidad, sino por el atractivo que portaba sentirse parte de un colectivo que compartía ideas comunes sobre cambios en el país.

Hay que mencionar la forma como Mariátegui estructuraba sus ideas, a partir de los temas y problemas que la realidad ponía sobre

rra si se ignora esta cosa fundamental: la población. Todos los estudios, todas las previsiones sobre países como Alemania, Francia, etc., antes de propugnar cualquiera orientación averigua el movimiento demográfico, su ritmo, su proceso». Publicado en *Mundial*, 1º de enero de 1926.

- 8 En dicho artículo dirá: «Los Juegos Florales me han comunicado con la nueva generación de poetas peruanos. Mis andanzas y mis estudios cosmopolitas me tenían desconectado de las cosas y las emociones que aquí se riman. Hoy no me creo todavía muy enterado de la calidad ni del número de los poetas jóvenes; pero sí de la temperatura y del humor de su poesía». *Mundial*, 31 de octubre de 1924; reproducido en *Peruanicemos el Perú*.

el tapete o lo que a su juicio era considerado relevante, lo cual iba formando parte de una concepción más global, más abarcante de la realidad.

Así, la cultura pero también la realidad contemporánea, la escena mundial aparecen como temas de preocupación en la constitución de su pensamiento, visible ya desde las *Cartas desde Italia*. «La realidad nacional está menos desconectada, es menos independiente de Europa de lo que suponen los nacionalistas. El Peru contemporáneo se mueve dentro de la órbita occidental», escribirá. Solamente así se puede entender porque presta atención y escribe sobre la significación de Chaplin e Isadora Duncan. Pero al mismo tiempo lo hace sobre los poetas jóvenes, la conscripción vial. La diversidad temática es sorprendente y múltiple; nunca abandona su preocupación por los acontecimientos y fenómenos significativos de la escena mundial; en realidad ellos se combinan permanentemente con los tópicos nacionales.

LOS SIETE ENSAYOS COMO PLASMACIÓN DE UN MÉTODO

Es en esta línea de estructuración de pensamiento que en 1928 hace su aparición *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, cuya originalidad radica no sólo en que constituye un gran diagnóstico de pretensiones globales de la realidad peruana de esos años. Diría que es el único texto orgánico en el que el Amauta, más que aplica, pone en funcionamiento las herramientas del materialismo histórico, a la manera como él había apprehendido el marxismo⁹.

Para lograr su cometido recurre a la información empírica disponible que él ya había señalado como escasa y casi nada confiable; utiliza las débiles estadísticas y censos a su alcance; analiza y pasa revista a la literatura existente sobre cada tema y recoge lo mejor de

9 Para un análisis de la significación de los *Siete ensayos* en la trayectoria de Mariátegui véase Antonio Melis: «Jose Carlos Mariátegui hacia el siglo XXI», prólogo de *Mariátegui total*.

ella sin importarle su filiación ideológica; echa mano a lo que más le interesa para fundamentar sus reflexiones y propuestas, encaminadas a mostrar, con intuiciones brillantes, posteriormente trabajadas históricamente en la investigación académica, lo superficial, desigual y endémico de la manera como se implantó el capitalismo y sus instituciones en el Perú; y funda desde allí una propuesta socialista de transformación a partir de la revaloración de la comunidad indígena: un socialismo de raigambre colectivista.

Mariátegui nos dice en su Advertencia, no ser «un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano», cuya utopía él va a explicitar, con claridad pocas veces aliviada, en el ensayo 'El problema del Indio': «La historia universal tiende hoy como nunca a regirse por el mismo cuadrante. ¿Por qué ha de ser el pueblo incaico, que construyó el mas armónico y desarrollado sistema comunista, el único insensible a la emoción mundial? La consanguineidad del movimiento indigenista con las corrientes revolucionarias mundiales *es demasiado evidente para que precise documentarla*» (subrayado nuestro). Es claro, en pasajes como éstos, que las pasiones a las que él mismo aludía invaden al estudioso de su realidad; el político que cree se antepone al investigador.

Y es que Mariátegui diagnosticaba, quizá certeramente, al individualismo como el mal de Occidente. A ello buscó contraponer y rescatar para un proyecto de transformación socialista, el colectivismo «nato» que Mariátegui consideraba como la dimensión más valiosa de la cultura andina. Lo indígena como el alma de la identidad nacional, la fuerza de la comunidad en la que Mariátegui presupone la existencia «de elementos de socialismo práctico en la agricultura y la vida indígenas», parece confundirse en estos *Ensayos* con una consustancialidad de rasgos solidarios. Pero al mismo tiempo, con lo que el denomina el sentimiento cósmico del indio, entendido este por la particular vinculación del hombre andino que se reconcilia con la naturaleza.

Esta discusión sigue abierta: en el centro del debate polémico

en las ciencias sociales está la naturaleza y los aportes de la cultura andina a la identidad nacional y ciudadana¹⁰.

El nombre de ensayos para titular su aproximación analítica a los diversos aspectos de la problemática nacional considerados relevantes, no es gratuito. Mariátegui quiere enfatizar la idea de boceto, de primera aproximación, más que susceptible, indispensable de ser alimentada, perfeccionada sostenidamente con nueva información : «Tal vez hay en cada uno de estos ensayos el esquema, la intención de un libro autónomo. *Ninguno de estos ensayos está acabado; no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mi escrito, vivido, pensado*» (el subrayado es nuestro).

Lejos pues de proponernos una reflexión acabada, nos muestra al intelectual y al político, que sólo se concibe como tal, en la medida que puede llevar a cabo una permanente revisión, a la luz de nuevos elementos de la realidad. Más significativo aún si se sopesa ade-

10 Mariátegui dejará planteada la complejidad de la constitución de una identidad nacional multicultural. Y es que junto a estos asertos, sostendrá que existe una «dualidad de la historia y del alma peruanas en nuestra época, entre la forma histórica que se elabora en la costa y que se presenta en conflicto con el sentimiento indígena que sobrevive en la sierra hondamente enraizado en la naturaleza». Tal vez para transmitir un mayor equilibrio respecto a la complejidad del problema que se plantea, busca en un artículo titulado «El Rostro y el Alma del Tawantisuyu» -publicado en 1925- hacer explícito lo que él concibe como la irrenunciabilidad a la herencia de Occidente para pensar la identidad nacional. Luego de comentar elogiosamente el temperamento lírico y exaltado indigenismo del libro *De la Vida Inkaika* que publica Luis E. Valcárcel, toma distancia abiertamente de sus conclusiones, rechazando el llamado de Valcárcel, «que quiere que repudie la corrompida y decadente civilización occidental»(...) Valcárcel va demasiado lejos (...) Ni la civilización occidental está tan agotada y putrefacta como él supone; ni una vez adquirida su experiencia, su técnica y sus ideas, el Perú puede renunciar místicamente a tan válidos y preciosos instrumentos de la potencia humana, para volver, con áspera intransigencia, a sus antiguos mitos agrarios». Encontramos al Mariátegui utópico que toma como punto irrefutable, la existencia de una vocación colectivista intrínseca en la comunidad campesina. Pero también el investigador cauteloso que trata de razonar una realidad incorporando la dimensión de proceso para pensar la direccionalidad de la transformación social, antes que quedarse sólo en una identificación emocional con ella.

cuadramente la enorme conciencia ya mencionada que Mariátegui tenía de no poder contar con verdaderas estadísticas que apuntalaran o descartaran lo que eran sus percepciones de la realidad.

Debemos tomar conciencia que todo eso es el mariateguismo. No es un pensamiento acabado porque Mariátegui muere en la plenitud de su vida, cuando empezaba a estudiar nuestra realidad social y elaborar, a partir de ello, una propuesta de transformación para el país. Podríamos denominar el mariateguismo a la manera que tuvo Mariátegui de aproximarse a la realidad y de construir una reflexión a partir del estudio científico de ella y a la forma en que se edifica el razonamiento, pero al mismo tiempo -y allí reiteró no sólo la originalidad- está la atracción que ejerce su obra, integrando su siempre confesado interés por las dimensiones subjetivas en un esfuerzo analítico para percibir los humores, las sensibilidades de su tiempo.

MARIÁTEGUI Y SUS TORTUOSAS RELACIONES CON EL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

Como es sabido el Amauta impulsa activamente la estructuración del movimiento obrero y su centralización, que tiene un hito importante en 1929, en la fundación de la CGTP, Central General de Trabajadores del Perú. En 1928, apremiado por la agudización de las discrepancias con el aprismo y el pensamiento de Haya de la Torre¹¹, funda el Partido Socialista del cual es designado Secretario General.

Sin embargo prontamente entra en lo que serían profundas confrontaciones con la Komintern. No rehuyó la diferencia, manteniéndose el debate hasta su muerte, en abril de 1930. Tres ámbitos centrales de discrepancia expresaban aspectos de fondo de la concepción mariateguiana: la forma de entender la realidad, el modo de entender el marxismo y, por ende, la forma de asumir la política.

11 Luego de que escribiera una carta desaprobatoria al grupo aprista de México sobre la inconveniencia de la fundación del Partido Nacionalista Libertador por parte de Haya, redacta -como lo consigna Flores Galindo-, una carta colectiva fijando posición ante el Apra como Partido señalándose que: «Los elementos de izquierda que en el Perú concurrimos a la formación del Apra como Frente, constituimos de hecho y organizaremos formalmente un grupo o Partido Socialista».

La manera como concibe el partido, antes que como núcleo ideológico cohesionado, propugna que éste debía expresar la articulación del tejido social organizado. Por ello su incansable impulso a la formación de sindicatos, su atento seguimiento de los Congresos Indígenas y sus reivindicaciones, su cercanía a la embrionaria Federación de yanaconas de las haciendas costeñas. Todo esto hacía de la construcción de partido, un proyecto de largo aliento.

Su distancia absoluta de todo lo que se asemejara a una visión putchista del poder, explica que habiendo producido la afiliación del Partido Socialista a la Internacional Comunista, éste no desarrollara ninguna fórmula de poder en el lenguaje de la época, en torno a la dictadura del proletariado.

De otro lado, estaba su rechazo de la tesis, insistentemente machacada por la tercera Internacional sobre la autodeterminación de las minorías indígenas quechuas y aymaras, en las que José Carlos veía una burda traslación del problema soviético. Esta no guardaba correspondencia alguna con la realidad arduamente estudiada por el Amauta: su seguimiento atento de las reivindicaciones de nuestras mayorías indígenas, le mostraban que estas giraban en torno al problema de la tierra y la opresión gamonal antes que en una afirmación étnico-cultural.

Finalmente, la insistencia de Mariátegui en la inexistencia de una asociación indisoluble entre el gamonalismo y la penetración del capital extranjero bajo su forma imperialista y, el señalamiento de su rol dinamizador en la economía -donde además estaban los núcleos obreros más dinámicos- fue rechazada de plano en las discusiones latinoamericanas por los funcionarios de la Internacional. Esta constatación disgustaba pues chocaba claramente con la visión catastrofista del inminente derrumbe del capitalismo, que manejaba la Internacional, en el marco de la llamada estrategia de «clase contra clase» propugnada para el conjunto de países de América Latina. En un contexto como el de los años 1920 en que las clases estaban en formación, éstas eran todavía, como lo intuía Mariátegui, casi un abuso del lenguaje.

La manera como concibe la estructuración de una línea programática del Partido Socialista, pero también la manera de concebir la realidad y la vida puede quedar a mi modo de ver claramente expresada, en la toma de distancia que realiza del llamado Patronato de la Raza Indígena, institución de corte paternalista promovida por Leguía. Mariátegui dirá, a propósito de una polémica en torno a ella: «La solución al problema del indio tiene que ser una solución social; sus realizadores deben ser los propios indios (...) Los Congresos Indígenas, no representan todavía un Programa. Los mismos cuatro millones de indios, tendrán que ser los artífices. de una transformación».

La polémica con la Komintern, se fue agudizando. Revelaba lo que no eran sino abismales divergencias sobre la manera de llevar a cabo un programa de transformaciones en una realidad concreta y que significaron hondos desgarros para el fundador y dirigente del naciente Partido Socialista: Mientras que las argumentaciones de José Carlos se sustentaban en lo que constituía su entendimiento del marxismo, del que derivó un esfuerzo tenaz de varios años por el conocimiento de aquello que caracterizaba nuestros problemas y creaban la manera de enfrentarlos, para la Internacional se trataba de «aplicar» una línea, diseñada desde fuera con una plantilla común para todo el continente latinoamericano. Alberto Flores Galindo nos ha dejado, en lo que tituló *La agonía de Mariátegui*, un pormenorizado y conmovedor relato histórico cargado del dramatismo de las vicisitudes, angustias y avatares de la lucha cotidiana del hombre que, en medio de su deterioro físico, la hostilidad y el aislamiento progresivo de su entorno y del comunismo internacional, se mantiene fiel a sus ideas y muere en la persistencia de lo que había convertido en una fe, un proyecto de vida.

Y es que en una organización profundamente vertical, la autonomía conceptual, como la ha denominado Gustavo Gutiérrez, no podía ser tolerada: el pensar libre y creativamente aparecía como una amenaza en la concepción marcadamente autoritaria de la política de la Internacional Comunista. Un mes antes de la muerte de Mariátegui, Eudocio Rabines, regresa, luego de siete años de ausencia a asumir la dirección del partido que fundara el Amauta. Funcionario de las canteras de la Internacional, traía una clara concepción

de la política, que -tal como se traduce en las cartas que enviara desde fuera-, se ubicará en las antípodas de la visión de Mariátegui.

La cuestión central de una acción de transformación social, devenía en la conformación de un núcleo dirigente y en una rápida formación de «cuadros» que, sostenidos por el carácter científico de la teoría, guiara a las masas a la manera que un pastor guía a un rebaño. Atrás quedaba toda preocupación por estudiar o entender la realidad objeto de transformación; todo lo contrario, esto constituía un peligro en una lógica que se centraba en «aplicar» una línea ya diseñada, en arreglo a los intereses soviéticos.

LA «DESMARIATEGUIZACIÓN»: LA HERENCIA MARXISTA-LLENINISTA EN EL PERÚ

Muerto Mariátegui en 1930, Rabines ya sin obstáculos, producirá un acelerado viraje en los lineamientos de trabajo del partido. Cambia, para hacerlo más enfático, su denominación a Partido Comunista; se aboca a implementar la línea de clase contra clase y la constitución de soviets obrero-campesinos, precipitando la derrota del pujante movimiento antioligárquico que emergía de la crisis de los años treinta¹².

Años después al influjo de los vaivenes ideológicos de la Internacional, el nuevo Secretario General del Partido Comunista, orientará sus esfuerzos a cristalizar un Frente Popular. Pero lo que nos interesa relieves no es sólo el espíritu de grey que se instaura en el movimiento comunista internacional al que con tanto entusiasmo adhiriera Mariátegui. Rabines, tal como lo propone José Aricó es además el hombre que, durante casi una década, hizo de la lucha contra el pensamiento de Mariátegui un componente decisivo de la afirmación de su liderazgo. El «mariateguismo», palabra acuñada para denominar una «desviación pequeño-burguesa», sirvió en realidad para encubrir las limitaciones ideológicas y políticas que impedían la penetración del Partido Comunista en la clase obrera.

12 Véase al respecto Carmen Rosa Balbi, *El Partido Comunista y el Apra en la crisis revolucionaria de los años treinta*, 1982.

El llamado proceso de «desmariateguización» del Partido Comunista, sujeto ya de manera total a los dictados de la Internacional, tiene -¿qué duda cabe!- sus antecedentes directos en la manera integral como Mariátegui concibió un proyecto de transformación social que bajo los cánones del materialismo histórico, buscó ubicarse dentro del Movimiento Comunista Internacional.

Un significativo documento publicado en diciembre de 1933, por el Partido Comunista conteniendo las orientaciones sobre la situación nacional e internacional, puede resumir todo lo que esta operación de desmontaje pretendía e implicaba:

«El mariateguismo es una confusión de ideas procedentes de las más diversas fuentes. No hay casi tendencia que no esté representada en él. Antes de haber bebido de la fuente del marxismo, particularmente del leninismo, Mariátegui había conocido del movimiento revolucionario a través de las más diversas tendencias no proletarias. Tuvo grandes errores no sólo teóricos sino también prácticos. Son en realidad muy pocos los puntos de contacto entre el leninismo y el mariateguismo y estos contactos son más bien incidentales. El mariateguismo confunde el problema nacional con el problema agrario; atribuye al imperialismo y al capitalismo una función progresista; sustituye la táctica y la estrategia revolucionarias por el debate y la discusión (...).

Nuestra posición frente al mariateguismo es y tiene que ser de combate implacable e irreconciliable, puesto que entraba *La bolchevización orgánica e ideológica* de nuestras filas, impide que el proletariado se arme de los arsenales del marxismo y del leninismo; obstaculiza el crecimiento rápido del P.C. y la formación de los cuadros; es una de las dificultades más serias para ponernos a la cabeza de los grandes acontecimientos (...) Y esta lucha ideológica hay que iniciarla con fuerza y llevarla hasta las últimas consecuencias»¹³.

13 «Bajo la bandera de Lenin, instructivas sobre la jornada de las tres L», Partido Comunista, Sección peruana de la Internacional comunista, 1933, Publicado en la revista *Socialismo y Participación*, n° 11.

Iniciada esta campana de razzia, poco o casi nada quedó de la huella de Mariátegui en la izquierda marxista. Los *Siete Ensayos* que Aricó, a pesar de sus errores y limitaciones, calificara como «la obra mas significativa del marxismo latinoamericano», fue excluida de cualquier reflexión del comunismo peruano.

La pesada herencia del marxismo-leninismo de la Internacional, se instaló en las izquierdas marxistas, las nuevas y las viejas. Más allá de sus discrepancias ideológicas, todas compartieron su aproximación exclusivamente doctrinaria a la realidad y su consecuente desprecio por su estudio e investigación, a la manera que lo abordara Mariátegui. La imposición obsesiva de lo que se conceptuaba la línea correcta, tenía implícita la prescindencia de las aspiraciones de los actores sociales en nombre de los cuales se actuaba.

Los nuevos grupos de izquierda que se reclamaban tributarios del pensamiento de Mariátegui, lo convirtieron en ícono del cual se glosaba arbitrariamente lo que era útil para las pugnas internas. Los *Siete Ensayos* devino en los hechos en una suerte de biblia, atemporal y ahistórica, para el diagnóstico y alternativas de cambio en el país. Aquellos, al adscribirse a la tradición escolástica de la Internacional Comunista, quedaron incapacitados de generar un análisis basado en la realidad de los cambios que se sucedían en el país. De ello devino la incapacidad de establecer lazos sólidos con los sectores a los que decían representar.

Sin embargo, el compromiso vital de Mariátegui con un imperativo de justicia social para nuestro país, la agudeza de sus reflexiones, su manera fresca de acercarse a la realidad y su convicción de la necesidad de la investigación, su vitalidad y distancia de cualquier forma de escepticismo y su enorme fe en la capacidad de la persona humana, quedan hoy más vigentes que nunca como legado a las nuevas generaciones para construir un país viable donde coexistan armónicamente todas las sangres.